

José Álvarez Lopera. Recuerdo-semblanza

José Álvarez Lopera. Remembrance-biographical sketch

Anales de Historia del Arte no quería dejar de hacerse eco del fallecimiento del profesor Álvarez Lopera, nuestro compañero, y, de algún modo, glosar como recuerdo su persona y trayectoria universitaria docente e investigadora, tanto en el Departamento de Historia del Arte III (Contemporáneo) como en el Museo Nacional del Prado. Agradecemos encarecidamente a Mercedes Águeda Villar, Ana María Arias de Cossío y Javier Portús Pérez que, para conformar las siguientes líneas, atendieran gustosos la petición de esta revista y su consejo de redacción.

IN MEMORIAM

La muerte es el país al que se llega cuando se ha perdido la memoria. (Alain Resnais)

En esta remembranza que la revista *Anales del Arte* hace al profesor Álvarez Lopera, Titular de Historia del Arte del Departamento de Arte III recientemente fallecido, quiero reflejar el aspecto de compañero y amigo que me unía a él desde hace años. Aunque me gustaría aclarar que escribir sobre los sentimientos que nos unen a una determinada persona es algo íntimo que ponen al descubierto, no sólo el lazo de camaradería que puede unir a dos individuos, sino el alma de quien los describe y de ahí la dificultad de estas pocas líneas.

No se trata aquí de hablar de su trayectoria como investigador ni tampoco de su andadura profesional, sino de la simpatía y cariño que unía a dos compañeros y es éste un vínculo complicado de explicar a los demás pues los sentimientos son personales y todo lo que yo pueda decir acerca de su persona no tiene que ser compartido por otros compañeros y amigos con los que haya tenido relación y cuyas vivencias pueden ser muy diferentes. Pero todavía hay algo más ¿qué valor pueden tener estos recuerdos cuando se sabe que la persona evocada no gustaba de este tipo de hechos?

Conocí a José Álvarez Lopera cuando pasó a formar parte del profesorado del Departamento de Arte de la Universidad Complutense en 1986, venía de la mano de José Manuel Pita Andrade del que había sido discípulo y ayudante en la Universidad de Granada. Su incorporación en aquel grupo de personas más o menos cohesionadas pero siempre temerosas de perder peldaños en el escalafón, en el aprecio de los maestros y en tantas otras cuestiones más mezquinas, podría haber sido difícil pero creo que enseguida nos dimos cuenta que su talante y buen humor haría fácil su trato y nuestra relación.

Es precisamente este rasgo de su carácter el primero que querría destacar porque justamente el lunes 11, tres días después de su fallecimiento, cuando llegué a la Facultad me encontré con una antigua alumna que iba a solucionar unos problemas administrativos en la secretaría de nuestro centro y casi con lágrimas en los ojos me dijo que le había tenido como profesor en dos asignaturas y que siempre le recordaría como el profesor que le había dado las clases más divertidas de toda la carrera. Su comentario me pareció esclarecedor, porque siempre he pensado que éste debería ser una de los aspectos obligatorios en el carácter de un profesor ¿por qué la docencia y el rigor intelectual tienen que estar reñidas con la risa?, ¿es tan importante crear en el alumno la sensación de que pueden disfrutar y divertirse con cualquier materia! Pero claro, también sé que para ello se necesitan unas cualidades que evidentemente mi compañero y amigo Pepe cumplía con creces porque esta jovialidad se extendía en el trato con todas las personas que estábamos dentro de su entorno.

Con su traslado al Museo del Prado perdimos trato diario pero fueron constantes nuestras llamadas y nunca dejamos de vernos en las numerosas ocasiones en que iba a la biblioteca del Museo. Su primer tema de conversación era el funcionamiento del departamento y las novedades que se avecinaban sobre profesorado y planes de estudios y debo comentar que a pesar de la distancia, en todos los momentos en que se le requirió su colaboración o su presencia estuvo con nosotros, incluso en momentos duros, por lo que siempre me dio la impresión que su paso por la pinacoteca era transitorio y que en algún momento le volveríamos a tener en la Facultad.

Durante nuestros encuentros intercambiábamos comentarios acerca de las novedades bibliográficas y entre nosotros el préstamo y el intercambio de publicaciones era habitual, recuerdo que cuando descubría que yo tenía un texto que él no conocía se asombraba y yo siempre le decía lo mismo: hay que salir más del despacho y visitar librerías. Siempre me admiró su dominio sobre edades, escalafones, oposiciones, odios y rencores de nuestros compañeros de la Universidad, yo le “acusaba” de chismoso y él respondía que era la única manera de sobrevivir y controlar esta profesión. En una de nuestras últimas conversaciones me demostró hasta que punto llegaban sus dotes de observación porque me reconvinó por no haber estado en la presentación de su nuevo libro en la Academia de San Fernando y le contesté que no me había llegado la convocatoria; su rostro denotaba tristeza y me dio la impresión de sufrir de soledad y aislamiento o quizás era mi imaginación y lo que llevaba era la huella de su fatídico destino.

Otra cualidad de su conducta fue la disponibilidad con que siempre se distinguió para cualquier requerimiento o proyecto de tipo profesional que se le hizo, colaboración que personalmente yo tengo que agradecerle. Y como prueba de ello valga este ejemplo: cuando estaba más agobiado con su última y magna publicación sobre el Greco, ocurrió el fallecimiento de otro ilustre miembro que fue de nuestro Departamento de Arte III, Julián Gállego, y le pedí si podía cooperar en el tomo que como homenaje pensábamos hacerle. Pues bien, no tardó en contestarme que contase con él y desdichadamente su texto verá la luz cuando él ya no pueda verlo. En esas circunstancias de agotamiento, cuando apenas se tienen fuerzas para ver la luz al final del túnel de un proyecto que le ocupó muchos años de su vida, no se planteó una excusa debido al mucho trabajo que tenía, respondió con velocidad a la llamada de un propósito del Departamento y también por su afecto hacia el fallecido,

al que conocía y había tratado desde hacía muchos años. Por ésta y otras muchas razones quiero expresar mi agradecimiento a su persona en estas escasas líneas que me han correspondido realizar como amiga y compañera, siempre le recordaré o mejor dicho siempre le recordaremos, incorporando a mi escrito los deseos de todos los que componemos “su Departamento”.

Mercedes Águeda Villar

La Revista *Anales de Historia del Arte*, me pide un texto en recuerdo de José Álvarez Lopera que hace unos meses nos dejó inesperadamente; como a mi no me gustan –y estoy segura de que a él tampoco le gustarían– las evocaciones nostálgicas, prefiero hacer memoria de aquellos aspectos profesionales que compartimos y que a lo largo de los años tejieron una profunda y sincera amistad.

Pepe Álvarez vino a la Universidad Complutense con su maestro, el Dr. Pita Andrade, y desde el primer momento formaron parte del mismo Departamento que yo y, además, compartimos la Asignatura de Arte del siglo XIX lo que nos obligó ya desde ese primer momento a hablar sobre el programa para ponernos de acuerdo en aquellos matices que cada uno pensábamos que debíamos resaltar. Ahí ya me dí cuenta de que Pepe era un discudidor nato, siempre inclinado a considerar que su razón era la verdadera pero argumentando unas veces con fortuna y otras sin ella fue viendo que también yo podía discutir. Ese convencimiento recíproco de que difícilmente íbamos a ponernos de acuerdo en algo, nos dio una confianza enorme y creo sinceramente que desde esos primeros momentos existió una relación profesional muy sincera, incluso llegamos enseguida a tener una cierta complicidad para los comentarios sobre la marcha del Departamento, los colegas y cuantos cotilleos académicos iban surgiendo. Todo ello desembocó en que en un determinado momento yo acepté la dirección del Departamento y él la secretaría, que mantuvo hasta que se fue al Museo del Prado para ocuparse de la Pintura Española. Con su marcha no se interrumpió nuestra relación porque a esas alturas ya teníamos un intermediario ilustre, mi antepasado, Manuel Bartolomé Cossío y sus estudios sobre El Greco. Empezamos a hablar de él a propósito del trabajo que Álvarez Lopera publicó en 1987: “De Ceán a Cossío: la fortuna crítica de El Greco en el siglo XIX”, que demostró que ya entonces además de gran profesor, era igualmente un gran investigador. Hablábamos mucho sobre El Greco y lo que sobre él se había publicado y, de alguna manera, lo hacíamos como si lo hiciéramos de alguien de la familia. Pepe decía que era un pintor que se me “había colado en la familia” y yo le replicaba que era a él a quien se le “había metido en casa”. Empezamos a hablar sobre la posibilidad de un proyecto sobre la labor de Cossío en la Institución Libre de Enseñanza y de su contribución a la H^a. intelectual de España, pero no encontrábamos la manera de hilar el trabajo. Como siempre ocurre se nos fueron interponiendo a cada uno otras investigaciones además de a Pepe su trabajo en el Museo y a mi la labor docente, retrasaron varios años ese proyecto del que por otra parte nunca dejamos de hablar, era como si el viejo Cossío se resistiera a desaparecer como nudo de una amistad que

ya se había hecho profunda. Un buen día tomando un café en los alrededores del Museo, encontramos el punto de partida para iniciar el trabajo de Cossío, lo haríamos a través de su epistolario. Empezó entonces la recopilación de las cartas en varios archivos y la lucha con las fotocopadoras. Acudimos en primer lugar al archivo familiar en la Quinta San Victorio, en la aldea gallega de San Fiz de Vixoi cerca de Betanzos. Era la casa familiar de la esposa de Cossío, un lugar de evocación donde parece que el tiempo se ha detenido. Allí pasaban los veranos las familias de Cossío y de D. Francisco Giner, allí está el mirador donde Cossío escribió *El Greco*, los dos robles plantados en el nacimiento de cada una de las hijas de Cossío... y en fin, una atmósfera de sosiego y labor espiritual que se siente por cada uno de los rincones de la casa. Luego fueron otros viajes a Salamanca al archivo de la Casa-Museo de Unamuno, la Fundación Ortega, la Real Academia de la Historia, La Institución, y un largo etcétera. Cuando Pepe murió ya habíamos transcrito la totalidad de las cartas y anotadas una tercera parte. El trabajo continúa, cuando el libro esté en la calle será, además de todo lo que significa, el testimonio de una amistad.

Ana M^a Arias de Cossío

José Álvarez Lopera en el Museo del Prado

Con el acceso a la dirección del Museo del Prado de Miguel Zugaza, en 2002, hubo una importante reordenación de los departamentos de conservación que habían existido hasta entonces, que quedaron englobados en varias áreas. Los departamentos de “Pintura española del Renacimiento y Primer Naturalismo”, y “Pintura Española Barroca”, se agruparon dentro del área “Pintura española hasta 1700”, y en el año 2003 se incorporó José Álvarez Lopera al Museo para hacerse cargo de la jefatura de la misma.

Durante este tiempo desarrolló una extensa actividad, y aunque su trabajo se centró en asuntos relacionados con la historia de la pintura española durante la Edad Moderna, no dejó de acercarse a algunos de los temas que le habían interesado desde el principio de su carrera, como el arte contemporáneo y la política de bienes culturales en la España contemporánea, dando nuevas pruebas de su capacidad para moverse en épocas distintas y para tratar una gran variedad de asuntos.

Su trabajo en el Museo del Prado le ofreció una oportunidad única para seguir profundizando en su conocimiento del Greco, lo que se tradujo en varias iniciativas notables. Así, la restauración de la *Inmaculada Oballe* en 2004 dio lugar a una exposición de la que fue comisario y que supuso un avance destacado en el conocimiento de las circunstancias en las que llevó a cabo ese encargo; y el catálogo de la exposición *El retrato español. Del Greco a Picasso* (2004) contó con su ensayo sobre “Los retratos del Greco”, que además de una aproximación muy sagaz a esta parcela tan importante de la producción del artista, es un ejemplo de su gran precisión descriptiva y de su estilo literario certero y cuidado. Más recientemente, su artículo “Jorge Manuel Theotocópuli, el hijo del Greco”, incluido en el catálogo de la expo-

sición *El Greco y su taller* (Atenas, 2007) mostró lo extraordinariamente inquisitivo que era y los buenos resultados que le daba su método histórico tan riguroso.

En estos años inició un proyecto de extraordinaria envergadura y ambición, que su muerte ha dejado inconcluso. Se trata de “El Greco. Estudio y catálogo”, a través del cual se pretendía ofrecer toda la información bibliográfica y documental que ha generado el pintor, y, sobre todo, establecer un nuevo catálogo crítico y razonado, que sustituyera al que publicó Harold Wethey en 1962. Era la obra que culminaría una labor de más de veinte años de interés por el pintor y de acopio de material; y a ella se dedicó de manera preferente en estos años en los que trabajó en el Museo del Prado. Se trata de un proyecto sólo al alcance de un investigador con la capacidad de trabajo, el entusiasmo, el rigor histórico, y la inteligencia con que Álvarez Lopera abordaba sus estudios. En 2005 se publicó el primer tomo, dedicado a las fuentes y la bibliografía, y dos años después salió el siguiente, en el que estudiaba las pinturas datadas con anterioridad al establecimiento del pintor en España, y los retablos y conjuntos que realizó en nuestro país. Queda el estudio de las obras autógrafas sueltas y de las pinturas realizadas con intervención de taller, las obras de sus discípulos, copias, etc., sobre las que había reunido un gran caudal de información, pero que dejó sin acabar.

El Museo del Prado se benefició también de su interés por otras parcelas de la historia de la pintura española. La adquisición de cuatro escenas de la vida de San Ambrosio pintadas por Valdés Leal dio ocasión a la organización de una exposición y la publicación de un catálogo que corrieron a su cargo. El estudio de las obras y un análisis detallado de la documentación le hizo plantearse nuevas hipótesis convincentes sobre la función y colocación de esos cuadros; y algo parecido ocurrió con uno de los conjuntos más importantes de la pintura española del Siglo de Oro. Se trata de los cuadros que integraban el Salón de Reinos del Palacio del Buen Retiro, y que formaron parte principal de la exposición “El palacio del rey Planeta” (2005). En un ensayo sobre la serie escrito para el catálogo replanteó el tema de la colocación de los retratos ecuestres, y propuso una nueva ordenación de los cuadros de batallas, basándose en la lógica histórica y en el estudio de los testimonios contemporáneos.

Como es bien sabido, cuando Álvarez Lopera llegó al Prado, no sólo era un experto en El Greco, sino también un reconocido especialista en la historia del Patrimonio Histórico y en temas de historiografía y de arte contemporáneo. De sus conocimientos sobre las vanguardias dio buena muestra en el catálogo de la exposición “Picasso: Tradición y vanguardia” (2006), para cuyo catálogo realizó un gran número de fichas, mientras que su antiguo interés por la política republicana de protección del patrimonio se reflejó en el ensayo “La Junta del tesoro Artístico de Madrid y la protección del patrimonio en la Guerra Civil”, incluido en la exposición “Arte protegido. Memoria de la Junta del Tesoro Artístico durante la Guerra Civil” (2003).

Uno de los proyectos más ambiciosos y fructíferos que ha llevado a cabo Álvarez Lopera en el Museo del Prado tuvo como tema el llamado “Museo de la Trinidad”, que se formó en Madrid a partir de 1835 con bienes procedentes de los conventos desamortizados, y que se integró en el Museo del Prado tras la Revolución de 1868. El número de cuadros involucrados superaba el millar, y entre ellos se encontraban obras muy importantes como las pinturas del retablo del

Colegio de Doña María de Aragón, del Greco, o la extensa serie de Vicente Carducho para la Cartuja del Paular. A pesar de la magnitud y significación del conjunto, existían muchos puntos oscuros acerca de su historia y de la procedencia concreta de muchos de sus cuadros. Álvarez Lopera decidió iniciar un estudio documental, que le llevó a acopiar una gran cantidad de noticias y a analizarlas de manera sistemática. Un primer resultado de ese proyecto se plasmó en la exposición “El Museo de la Trinidad en el Prado”(2004), que mostró algunos de los cuadros más significativos y que estaba acompañada por un catálogo que incluye un estudio pormenorizado de la historia administrativa del museo. Ese estudio se verá próximamente completado por una monografía que dejó acabada meses antes de su muerte y en la que se transcribe la documentación relacionada con el museo, y se incluye un capítulo titulado “Nuevas adiciones y correcciones al catálogo del Museo del Prado”. De su gran importancia para el conocimiento de las colecciones del Prado puede dar idea el hecho de que el número de cuadros que incluye supera los doscientos, de todos los cuales se aportan nuevos datos acerca de su procedencia, su autoría o la serie a la que pertenecen.

Los párrafos anteriores han mostrado parte de la contribución concreta que José Álvarez Lopera ha hecho en estos últimos años al conocimiento de la historia del Museo del Prado, de sus colecciones o de la historia de la pintura española en general. Varios de los temas que trató ya habían sido muy estudiados; y, sin embargo, fue capaz de aportar novedades importantes, gracias a su perspicacia y al estudio de la documentación a la luz de un riguroso método, que le hacía no conformarse nunca con lo ya dicho y buscar siempre nuevas perspectivas e hipótesis. Trabajar a su lado en el Museo ha sido no sólo una fuente continua de nuevos conocimientos, sino también una oportunidad de aprender todos los días como el tesón, la fe en el método histórico, la capacidad de trabajo y la perspicacia crítica son los instrumentos a través de los cuales está asegurado el continuo progreso de los estudios histórico-artísticos.

Javier Portús Pérez